

Una paz con sabor y aroma popular

Por: Daniela Arango Rodríguez

Acabar escribiendo bajo la sombra de las comillas la representación de un ser y su contexto, su forma o sus formas, su todo, su nada y su composición es caer en el abismo de la desigualdad.

De costumbres tradicionales, de literatura, de artesanías, las mayúsculas sucumben las líneas planas y un tanto quebrantes de una palabra tan común y tan notoria. Una zamba de son alegre, una artesanía de colores y figuras atrayentes, una poesía tan lírica como dramática o épica. Una vasta de culturas, unos enormes espacios diversos, acompañan la extensa connotación popular.

Desde el museo creado para difundir las culturas de un país, desde un movimiento popular urbano que agrupa diversidad, desde lo profundo y allende de las diferencias surge lo popular, como elemento de construcción de identidades compartidas tan coincidentes en un proyecto solidario, de allí nace la paz.

Y es que el territorio, los barrios, las comunas, las bases sociales, el ciudadano de a pie, las periferias; los gritos de niños, jóvenes, mujeres y ancianos o quizá la bulla sumergida en calles son los actores constantes de una realidad que busca ser transformada, de un tejido social que espera ser fundado por una construcción de paz. Una paz relacionada con la regulación, la transformación y la resolución cotidiana de los problemas, dilemas y conflictos creados propiamente por sí mismos y por el deseo natural del hombre. Una paz que represente aquellas actitudes que aun conviviendo con la violencia, la guerra, las situaciones negativas y la marginación, opte por privilegiar las acciones pacíficas para la mediación de los conflictos. Esa es una paz que no justifica el fin de los medios, es una paz que busca un nuevo medio para llegar al camino.

Por eso desde lo popular, desde el arte y la cultura como componentes de la transformación y el cambio social la paz se sumerge como una narrativa oral, escrita, sonora, visual y plástica que pretende ayudar en el reconocimiento constante de las problemáticas sociales, del conocimiento de los espacios que conforman a cada individuo, de la noción de las realidades y de todo aquello que oprime al pueblo.

A partir de la música, las letras y la prosa, los poemas y la palabra constructiva; el debatir, el reflexionar y hacer visible las diversas maneras de actuar frente a los conflictos de nuestra sociedad se inmiscuyen lentamente en el accionar del joven, del adulto o del niño. Comenzando con los colectivos, los comités barriales, las Juntas de Acción Comunal y lo popular se tejen lazos de resignificación del territorio, se trazan hilos de revolución y resistencia, de poder popular, de transformación, de paz.

Habitando las calles, los senderos de cemento, ocupando cada sombra dejada por los pasos dados por el otro, residiendo la ciudad desde las manifestaciones artísticas y culturales se cambia, se transforma, se lucha.

Pues la paz debe tratarse a partir del escenario de la no violencia, como bien diría Gandhi, esta es la forma más activa para luchar contra la injusticia, de manera que esta lucha no implique un agravio o un daño a la persona que crea o apoya dicha injusticia. Ese es el espacio de batalla, la articulación perfecta de la paz con el arte. Porque el cambio pertenece a quien reconoce su territorio, a quien lo apropia con prácticas y acciones transformadoras. La paz pertenece a quien trabaja de golpe y de la mano con quienes se esfuerzan y creen en nuevas alternativas para la participación y el cambio. Articular la estructura con lo popular, vincular la enseñanza con el arte, crear espacios de participación como talleres y tomas culturales donde la música, las letras, la pintura, la palabra, la escritura, el clown, los malabares, sean el lenguaje propio del concepto de paz. Sean la herramienta clave y fija para fomentar la alianza y la armonía.

Así mismo, hablar específicamente de paz también involucra un aspecto educativo y de conocimiento que permiten fundamentar y adoctrinar los comportamientos de cada actor social dentro de los dinamismos estructurales. No obstante, “el conocimiento acerca de los temas de paz no garantiza actitudes pacíficas, ni acciones comprometidas con la emancipación de las condiciones de violencia, pues sabemos que no existe una conexión directa entre conocimiento y cambio de actitudes. El conocimiento es sólo un factor a tener en cuenta para los cambios de actitudes”¹.

¹ Fernández, H. A., La educación para la paz en la universidad. Instituto de la Paz y los Conflictos y Departamento de Pedagogía. (pp. 117). Universidad de Granada.

Sin embargo, como corrientes latentes, necesarias y urgentes; el arte, la cultura y la paz vacilan en los dinamismos culturales que penetran la condición humana a través de la identidad. Lo popular genera semejanzas y similitudes y ante ello aparece como un caminante desconocido y extraño las colectividades. Una forma de expresión, un lenguaje, una comunicación que evidencia la capacidad de creación e intervención de quien habita el mundo en su esfera social.

En palabras técnicas, académicas o quizá cultas, en palabras de De Garay en su intento por encontrar el sentido de los estilos juveniles y sus devenires, por encontrar la forma exacta y congruente de un estudio cultural permeado en un fenómeno; las colectividades sociales se aglutinan a un grupo de gustos intentando compartir y vivenciar prácticas urbanas dentro de otras identidades urbanas. Esto sin adorno alguno, es una acción popular, es arte y cultura. Si bien, el arte es identidad, los colectivos son identidad, lo popular es identidad. Ambos en un suvenir de acciones se mezclan como armas vivificadoras de una sociedad perpetua.

En iniciativas, ideas, proyectos y deseos resurge como un viajero plausible pero feroz los grupos de artistas y gestores que trabajan por la paz y la justicia a partir de sus cuencas perpetradas por animales salvajes. Por medio de sus comunidades y territorios, desde ese pedazo terrenal que son, trabajan por unir las vidas, las tierras, las sonrisas escondidas de aquellos que la violencia les ha azotado sin miseria las ganas de vivir. De salvaguardar la esperanza ajena y las ilusiones perdidas de aquellos que dejaron su brillo y su esencia en un fusil ajeno.

Seguramente, hemos observado aquel taller de teatro, aquellos hombres y mujeres pintados de colores sus rostros pálidos. Tal vez hemos jugado con las letras y con los párrafos insertando ideas con deseos, sentimientos con desdichas, resentimientos con impotencia. Quizá hemos palpado en los renglones de una hoja y en la punta de un esfero la agonía de una imperfección social que nos golpea fuerte hasta matarnos. Seguramente solo hemos visto pero no reconocido aún el principio del encuentro que no ha logrado su objetivo, transformar. Y el problema sucumbe en rechazar y no creer. El principio refrescante de la paz, es reconocer la presencia de quienes con arte y cultura nos

dibujan nuevos horizontes. Aceptar su presencia y sus prácticas en cada localidad, en cada municipio, en cada barrio, en cada espacio es como lo dijo Clarisa Ruiz, secretaria de Cultura, Recreación y Deporte, en la apertura de la Cumbre Mundial de Arte y Cultura para la paz de Colombia, son y sería “como los hilos de hierba que surgen entre las placas de cemento”.

Por eso, apostarle a la paz es, desde las entidades estatales, abordar cada colectivo popular para trabajar acorde a las necesidades reales de una sociedad. Es centralizarlos para el trabajo mutuo de cada propósito que la apuesta a una transformación y a una alternativa de convivencia en armonía. Es también hacer parte y apoyar desde la estructura los talleres, escuelas y prácticas populares. Es impulsarlos en el continuo cambio social. Es hora de involucrar las agencias de cooperación y desarrollo y a los entes gubernamentales de una manera comprometida a todos los procesos populares. Es momento de incorporarse en la vida de a pie y romper las segregaciones que como entes legitimadores sitúan para la plena y libre participación y desarrollo social.

Porque el drama, la danza, la música, los títeres, los tambores, los cuentos populares y los círculos de diálogo deben continuar para la construcción de movilización y comunicación cara a cara y voz a voz. Deben seguir siendo la transformación crítica, la reparación y la cohesión social. El arte debe seguir insertado en la cultura como un espacio de intervención social.

Ya que la construcción de paz, como lo dice Lina Betancur activista de colectivos populares y participante de la JAC del barrio Carpinelo en Medellín, comienza con la integración de nuevos elementos como el perdón, la resiliencia sin victimización y reconocer la otra edad como factor fundamental en la ruptura de paradigmas. Es el tiempo de integrar las diferentes dinámicas sociales propias que se construyen a través de la cultura. Como bien lo plantea ella es “construir bases sólidas fortaleciendo las organizaciones sociales con procesos de educación para la paz, utilizando el arte como elemento integrador en las manifestaciones culturales propias de cada comunidad.” Es articular todos los ámbitos sociales y culturales para escribir una nueva historia. Para escribir un capítulo de paz construido en los territorios y nutrido por el arte como manifestación de sentires, de discusión respetuosa con el hacer creativo. Es desde el teatro

del oprimido, los murales, las letras amorosas y resistentes, desde los acordes de guitarra y las manos al son de líricas reconocer la calle y sus entornos, es apropiarse y resignificar el territorio, es la reconfiguración de espacios y significados cotidianos de formas inesperadas.

Por lo tanto como decía Aristóteles, ser humano es ser miembro de una comunidad de una polis. Quizá ser seres humanos es ser capaces de actuar como miembros de una comunidad y ser protagonistas de transformaciones históricas. Es la apuesta a la inclusión y al reconocimiento de todas las personas, situaciones y territorios. Es, citando a Antoine De Saint-Exupéry pero dichas en palabras populares, poner decididamente la inteligencia al servicio del amor para un mundo de paz y de justicia. Es trabajar de la mano con lo popular, con los colectivos, con los ciudadanos, con aquel de sombrero y poncho, con aquel de saco y corbata, con el niño y el joven. Es trabajar al ritmo de comparsas y tambores, de narices rojas, ropas de colores y zancos, con el arte y la cultura popular para la generación de unión, pujanza y convivencia. Para la construcción de una paz y un tejido social. Es pasar por medio de la música, las pinturas, los colores, pinceles, palabras y letras la esperanza de que “¡Por fin! Pronto cesará la horrible noche y el sonido de los fusiles se convertirá en hermosas melodías que le cantan al futuro”. (Juan David Muñoz, activista popular del municipio de Bello).